

Las políticas culturales: nueva perspectiva para la pertinencia social de la universidad

María Adelaida Jaramillo González

Para muchos resultará paradójico hablar de políticas culturales en un escenario universitario, cuando es la universidad el lugar donde naturalmente confluyen todas las posibilidades de crear y recrear el conocimiento, de habitar desde las más diversas formas de percibir el mundo, de anudar lazos de relacionamiento entre diversos, de poner en escena múltiples imaginarios y de circular expresiones, hábitos, maneras de percibir, de conocer, de apropiarse el mundo, de vivir la vida.

Sin embargo, el mundo de la universidad se acerca, solo de manera



Duberney Tabares, linóleo, 2000.

muy reciente, a plantearse en el horizonte de las políticas culturales, una manera de orientar el deber ser que como proyecto cultural está llamada a construir en sus relaciones y en el tejido con la sociedad de la que hace parte.

La historia de los procesos culturales universitarios ha sido la historia de las políticas culturales de la sociedad misma. Y no podría estar al margen de ello. Desde una universidad comprometida con los más altos ideales culturales del iluminismo europeo, que representaba el sentir de los privilegiados de la sociedad que accedían a las carreras de filosofía, de derecho o de medicina, pasando por una universidad a la que se le endilgó la tarea de difusión y divulgación de la cultura, a una sociedad que, a comienzos del siglo xx, hacía tránsito entre la sociedad campesina ligada a las más férreas costumbres y de cierta manera aislada del mundo, hacia un proceso de urbanización en el que debían asumirse nuevas formas de comportamiento más “civilizadas”, como una forma de ascender socialmente, según los cánones de la

nueva república, hasta un nuevo modelo en el que la cultura ocupa un lugar de preeminencia en la construcción de ciudadanía, del respeto por la diferencia y de la posibilidad de construir un nuevo modelo de inclusión social desde la cultura, la Universidad generó dinámicas y prácticas culturales que le permitieron asumir claramente el rol que se le demandaba .

Y en este punto se ubican los nuevos desafíos de la universidad: se trata de participar de manera activa, ya no como órgano difusor de la cultura letrada o de una cultura refinada producida por expertos y especialistas del mundo de las letras o de las bellas artes, sino como un actor social que se inserta de manera participativa en las dinámicas culturales del territorio.

Entre la política cultural y la cultura curricular

Uno de los retos que enfrenta la universidad contemporánea es, a no dudar, el de evaluar los contenidos curriculares que orientan el desarrollo de su vida académica, tanto en materia

de construcción de conocimientos desde el ciclo de la vida formativa, como desde los desarrollos en materia de ciencia y de tecnología. Pero, nos hemos preguntado: ¿Cuál es el sentido cultural de nuestros proyectos curriculares? ¿Dan ellos respuesta a unos contextos específicos y a unas realidades en las que lo cultural propone nuevas maneras de construir conocimientos a partir de la comprensión sobre los imaginarios en los que ellos se asientan? ¿A qué nuevas maneras de relacionarnos con el mundo estamos contribuyendo? ¿Cómo formar parte de un proyecto en el que las diferencias sean un camino posible para la construcción compartida de un espacio en el que todos tengamos cabida? ¿El conocimiento *per se* es la única responsabilidad de la universidad? ¿Cómo avanzar hacia una integración e interacción que se sustente en el verdadero compromiso que la universidad tiene con la construcción de la equidad, el respeto por la diversidad y el logro de la inclusión de todos los ciudadanos en el proyecto de sociedad? ¿Cómo contribuir desde la universidad a generar, desde los niveles precedentes del sistema educativo hasta la

educación superior, unas relaciones más integrales entre la educación y la cultura, para que ésta no sea sólo un accesorio en el proceso formativo? Es aquí donde una política cultural universitaria que se sustente sobre la comprensión de la cultura como una dimensión que trasciende a la vida misma, más allá de las expresiones del arte o de la literatura o de los espacios de representación pública en los que dichas expresiones se ponen en escena para el disfrute de los públicos, podrá ayudar a encontrar nuevas vías en las que el diálogo de los saberes académicos con los saberes tradicionales y los saberes producidos por otros sectores de la sociedad tenga una posibilidad de encuentro en la universidad.

Esta nueva perspectiva permitirá allanar el camino para entender que la formación integral como propósito transformador del proyecto educativo de la universidad pasa por entender que la cultura participa allí, no sólo como alternativa para el uso del tiempo libre, sino como trasunto determinante en las formas de construir conocimientos, en

la manera de integrar visiones diversas del mundo, en asumir el conocimiento como pluralidad de saberes y en la integración de los mismos a diversas prácticas sociales y colectivas que permitan afirmar la responsabilidad social de la institución.

Ya no podremos entonces, en este nuevo contexto, hablar de “la comunidad universitaria” como una categoría única, monovalente, sino que tendremos que empezar a hablar de las diversas comunidades universitarias como una manera de empezar a entender la compleja pluralidad de los orígenes, las formas, los medios, los sentidos y las prácticas mediante las cuales los sujetos se insertan y participan en la vida social y en los espacios colectivos de la vida institucional.

**Territorio y culturas:
construcción de una
ciudadanía cultural desde la
universidad**

Insertar a la universidad colombiana en el escenario de las políticas culturales contemporáneas supone que se acerque a las políticas públicas territoriales y participe, no solo en su construcción colectiva con el conjunto de los actores sociales, sino que se piense desde sus propios procesos en clave de territorio y de localidad. Y es en la universidad donde se conjuran pensamientos diversos, donde las capacidades de crítica sobre los acontecimientos de la sociedad tienen un espacio privilegiado donde las posibilidades ilimitadas del diálogo interdisciplinario abren espacio para comprender y entender las dinámicas propias del desarrollo y para proponer nuevas salidas a las necesidades que de ellas derivan.

Hablar de cultura, territorio y universidad, presupone que la institución no solo reconozca las características culturales de los territorios en los que se asienta, sino que se convierta en parte sustancial de los mismos: ella debe hacer parte de las nuevas perspectivas en las que se afianza el proyecto cultural de las localidades y de las zonas y subregiones,

debe propiciar el diálogo intercultural, favorecer la apropiación social y la salvaguardia de las memorias locales y regionales, e incidir en la adopción de imaginarios renovados que proyecten las realidades culturales de los niños, jóvenes, adultos, adultos mayores, de los pueblos indígenas y afrocolombianos, de las personas en situación de discapacidad, desarraigo o desplazamiento, entre otras.

La Universidad ha empezado a insertarse de manera expresa en las dinámicas del desarrollo social desde la perspectiva cultural y a ser reconocida como actor fundamental en la sostenibilidad de los procesos culturales que se adelantan en la región. Su vocación académica, su apertura a todas las expresiones y grupos sociales, así como el rico universo de conocimientos, de prácticas y de relaciones de continuidad que es capaz de tejer, unidas a la legitimidad como proyecto educativo, científico y cultural, se convierten en acicate para contribuir a garantizar la sostenibilidad de muchos procesos que en materia de cultura precisan de largo aliento.

Para ello la universidad debe adaptarse permanentemente a las nuevas y complejas dinámicas de la sociedad, idear mejores maneras de participación de sus comunidades universitarias y de sus futuros graduados en los procesos y dinámicas culturales de las cuales deben ser sujetos activos y no simples públicos pasivos o escuchas inermes, independiente de cual sea el área de formación por la que hayan optado para el desarrollo de su vida profesional y productiva.

Entre el fomento de la creación y otras formas de participación en la vida cultural

La visión, muy generalizada por cierto en el imaginario colectivo, de que la cultura se encuentra ligada esencialmente a las bellas artes, y de que el desarrollo, en términos de cultura, se mide por la capacidad de poner en escena dichas representaciones para un creciente número de consumidores de bienes y servicios culturales, debe encontrar en

la universidad un correlato en la generación de nuevas formas de participación en la vida cultural, no solo dentro de los claustros universitarios, sino también fuera de ellos.



Marlene Muñoz, litografía, 1996.

Desde este punto de vista, es necesario avanzar en campos como la activación de nuevas maneras de salvaguardar el patrimonio y las memorias institucionales, regionales y nacionales; en integrarse a los procesos de participación social que determinan los rumbos de la política pública en materia cultural; en generar procesos de cualificación permanente de los gestores culturales universitarios, de

manera que puedan estar a tono con las dinámicas de cambio cultural; en entender que el maestro, el docente, el investigador, el funcionario o el empleado universitario, son agentes culturales por excelencia y que de ellos, y de sus capacidades de poner en diálogo la diversidad y el respeto por las culturas propias y universales, depende buena parte la posibilidad de encontrar salidas renovadas para viejos problemas; de dar el lugar que corresponde a la cultura en el marco general de las políticas investigativas universitarias; de incorporar la cultura en los escenarios empresariales; de hacer cada vez más visibles las relaciones entre cultura, ciencia y tecnología; de incorporar la cultura en la definición de los contenidos curriculares, entre otros.

¿Contar con una política cultural para la educación superior?

La Universidad de Antioquia cuenta hoy con un instrumento fundamental para proyectar en el futuro su vida cultural en diálogo con el proyecto educativo de

la Institución: El Plan de Cultura 2006-2016, la cultura fundamento de una universidad pertinente¹. Este resultado, producto del esfuerzo compartido de las diversas dependencias y áreas del conocimiento que asumieron con compromiso la tarea de repensar el proyecto cultural del Alma Máter, se convierte hoy en toda una innovación en el escenario de la educación superior, que empieza a ser mirado como referente no solo local, sino regional y nacional e incluso internacional.

Muestra de ello es el proceso que adelanta la “Mesa Departamental de responsables de procesos culturales”² que desde comienzos del año 2007 lidera nuestra Universidad, y que avanza hacia la construcción participativa de una política cultural para las instituciones de educación superior del país, la cual será puesta a consideración de las mismas en el mes de junio próximo y posteriormente ante las instancias pertinentes en los ámbitos gubernamentales nacional y

departamental. A esta iniciativa se sumará la Asociación Colombiana de Universidades ASCUN, entidad que agrupa a un importante número de universidades en el país, y que organizara en el mes de noviembre de 2007 el IX Encuentro de la Red Iberoamericana de Extensión Universitaria, en el cual quedó fijada la cultura como tema global de la agenda de la extensión universitaria en los próximos años, en el entendido de que es necesario repensar el rol que la universidad está llamada a jugar en materia de cultura, más allá de las oficinas de eventos o del fomento de los grupos artísticos para el adecuado uso del tiempo libre de los estudiantes universitarios.

De otra parte es necesario señalar que la Red de Cultura como espacio de diálogo y encuentro de los gestores culturales de la Universidad, ha venido cumpliendo un papel fundamental en la consolidación de las políticas culturales institucionales, habida cuenta de su participación activa en la formulación del Plan de Cultura, y en la generación, desde los nodos que se encuentran en

proceso de construcción en los temas de patrimonio, investigación, formación, comunicación y cultura, fomento a la creación cultural, y libro, lectura y bibliotecas, de nuevas dinámicas que permearán, a no dudarlo, todos los espacios de la vida académica de nuestra universidad.

Tiene pues nuestra Institución un liderazgo que debe aprovechar para lograr incidir en la transformación de los sentidos y de las prácticas culturales universitarias, no solo en la región, sino en el país y en el ámbito internacional.

Notas

¹ Consultar el Plan en:

http://www.udea.edu.co/img/Plan_Cultural.pdf

² Dicha Mesa la conforman: la Universidad de Antioquia, la Universidad de San Buenaventura, el Instituto Tecnológico de Antioquia, la Universidad de Medellín, el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, el Instituto Tecnológico Metropolitano-ITM, la Universidad Nacional de Colombia- sede Medellín, el CES, la Universidad EAFIT, la Universidad Minuto de Dios-Uniminuto, la Escuela de Ingeniería de Antioquia y la Universidad Pontificia Bolivariana.

María Adelaida Jaramillo González es Jefa del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia.